

La Novela
ESPAÑOLA

LA CANCIÓN SIN PALABRAS

Dr. Félix Martí Ibañez



La Novela ESPAÑOLA

PUBLICACION MENSUAL

DIRECTOR :

A. FERNANDEZ ESCOBÉS

COLABORADORES :

Mario AGUILAR

Victor ALBA

Domènec de BELLMUNT

Juan B. BERGUA

Luis CAPDEVILA

Alejandro CASONA

Mercedes COMAPOSADA

Antonio ESPINA

Angel FERRAN

Roberto MADRID

Dr. Félix MARTI IBANEZ

Gregorio OLIVAN

Alvaro de ORRIOLS

Mateo SANTOS

Arturo SERRANO PLAJA

Eduardo ZAMACOIS

DIBUJANTE :

Antonio ARGÜELLO

NUMEROS PUBLICADOS :

1. Miguel de CERVANTES : *Rinconete y Cortadillo.*
2. Juan B. BERGUA : *Marieta.*
3. A. FERNANDEZ ESCOBÉS : *La Otra.*
4. F. GARCIA LORCA : *Remancere gilano.*

PROXIMO NUMERO :

UNA NOVELA DE



VICTOR ALBA

DIALOGO
SIN TESTIGOS

Suscripciones, (C. C. P. 1191-56) correspondencia y giros al administrador :
D. TORRES, 10, RUE DE LANGUEDOC. TOULOUSE (HTE-GNE)

La Novela
ESPAÑOLA

Dr. FELIX MARTI IBAÑEZ

LA CANCION SIN PALABRAS

NOVELA CORTA INÉDITA



1, Boulevard d'Arcole
TOULOUSE

N° 5

*El original es propiedad del
autor*

*Tous droits de reproduction,
traduction et adaptation ré-
servés pour tous pays, y com-
pris la Russie.*

*Copyright by LA NOVELA
ESPAÑOLA, 1947.*

BAJO la clara luna de Mayo que flota en el cielo dormido de la pampa, me he lanzado a seguir el eco de la canción sin palabras. Conozco mi camino y sé lo que busco. Quiero arrancar su secreto a una esfinge de ojos verdes y alma sellada. Por toda guía tengo la noticia del efecto de una canción sobre un grupo de personas. Mi herramienta de trabajo en la gran pesquisa es una tonadilla que voy silbando entre dientes, una melodía de un sonido dulce y áspero a la vez como el sabor de una mandarina verde. Voy a saber las palabras de la extraña canción. Unas palabras que han arrancado de su vida monótona a varios seres humanos, para hacerlos trasponer un umbral de misterio. Envuelto, como en una capa bordada, en la luna llena de Mayo, marché por los caminos de la pampa en pos de la canción sin palabras.

Desde niño me ha fascinado la luz de la luna. Cuando otros chiquillos la temían como a un fantasma, yo la amaba como a un hada buena. Allá en Buenos Aires vivía con mis tios en un arrabal suburbano. De día la vida era para mí gris y uniforme, pareciéndome estar encerrado en una serie de cajas puestas una dentro de otra, como las que venden en los bazares chinos. Mi cuartito en la buhardilla; la casona vieja, la calle estrecha y la escuela solemne. Abría una puerta y pasaba de una caja a la otra. Más al encender las estrellas un farolero invisible, con la noche, abría la tapa de la última caja para entrar a un mundo de maravillas.

Mi cuarto, que era un pequeño desván, se convertía de noche, a la luna que entraba por un ventanillo, en bruñida bombonera de metal. Desde mi cama veía a la luna ir cincelandó de plata con su escoplo diamantino las sillas, la mesa y

los barrotes de la cama. Más tarde, la luna entraba en forma de una gruesa barra de plata, y yo pensaba en lo hermoso que sería pasar los dedos sobre los bordes pulidos de un lingote de luna maciza. Otras veces deseaba poder congelar la luz de la luna en listones pasados y bruñidos, para con ellos hacerme una cama en la que poder dormir y soñar los mil cuentos que la luna contaría.

Desde mi infancia he coleccionado lunas en mi pensamiento. He visto la gran luna de color naranja que brilla sobre las colinas cercanas a Rosario, y la luna como medio limón que baña las soledades espectrales de los Andes, y he dialogado con el cuerno de rubí que es la luna nueva en la Tierra del Fuego. He viajado llevando a la luna prendida en las orejas de mi alazán como un cascabel plateado y la he tenido colgando como un fanalito del palo de un balandro en el Mar del Plata, o la he visto caer como un dorado queso de bola en un charco del camino al lado del automóvil. Mas nunca la vi tan hermosa como en esta clara noche de Mayo.

A las dos horas de caminar por la carretera solitaria — solos la luna y yo — silbando una tonadilla, he visto brillar a lo lejos la colilla gigantesca

de un puro, rojo y encendido como un topacio. Acercándome en dirección del punto luminoso, se ha convertido en un gigantesco rubí y después en una ventanita alumbrada, para resultar al fin que era un escaparate iluminado. Sólo entonces me he dado cuenta de que es sábado y las tiendas del pueblecito adonde voy están abiertas hasta las diez de la noche. Un júbilo extraño y sensual me rezuma por todos los poros. Un pueblecito rural en sábado por la noche tiene siempre algo de verbena y festejo. La gente, libre de los quehaceres semanales, anticipa el goce del descanso dominical. Se aflojan los resortes que tuvieron el alma en tensión y se alzan revoloteando los pajarillos de la alegría. Como sé que la primera parada en mi averiguación es la tiendecita del escaparate encendido como un amable infierno, he dado un rodeo para bañarme antes en la atmósfera de fiesta del pueblo. Nada mejor para quitarse el polvo de luna de los caminos que ducharse con las claridades de sábado del pueblecito.

A la media hora vuelvo a estar ante la tiendecita del escaparate iluminado, cuyo reflejo deja ensangrentada de luz la acera. He recorrido las callecitas arremolinadas en torno a una plazuela central. Las casas, espolvoreadas de lu-

na y guiñando el ojo luminoso de las ventanas, una chiquilla en una mecedora dando de cenar a su muñeca, olor a carne asada en algunas puertas y en una pequeña fonda donde he devorado en unos minutos un bistec con patatas rociado con una botella de un vino sonrosado; grupos de mocitas del brazo, paseando bajo los soportales de la plaza, humo de cigarros y ruido de fichas de dominó en el casino, y por todas partes sonrisas amables para el forastero.

Ante la tiendecita (« La Buena Reina » — « Dulces y pasteles »), un grupo de chiquillos con las narices aplastadas contra el cristal del escaparate. Las luces de colores les tiñen las caras. Hay pelos verdes, rostros azules, manos amarillas y blusas violetas. Y los pies de todos chapoteando en el charco escarlata que proyecta la luz del escaparate sobre la acera. Me he acercado yo también. El escaparate es grande y está recubierto de cintas y bombillitas de colores. En el centro un enorme castillo de mazapán dorado, con torreones donde flamean gallardetes y almenas de caramelo, un puente levadizo de crocante y cúpulas de tocino de cielo. Alrededor, un foso lleno de un merengue rosado y ante el castillo un gran lago azul con olas de hojaldre. En las riberas del

lago, pajes, damas, soldados, trovadores de pasta flora y almendras o de chocolate, mirando a los cisnes hechos de azúcar revestido de peladilla. Por entre los arbolitos y matas floridas de cabello de ángel y huevo hilado, cerditos de yema y patos de caramelos. Arriba, en la terraza del castillo, un príncipe y una princesa resplandecientes de dorado mazapán toledano y un principito angelical de bizcocho con los brazos tendidos hacia un trono vacío, aguardando al rey o la reina ausentes.

He entrado en la tienda acompañado por la mirada envidiosa de los chiquillos y el tintineo de las campanillas de cobre prendidas a la puerta. La tiendecita es pequeña, inmaculada, alegre y luminosa como una pajarera de canarios. Las luces de colores, los estantes encristalados llenos de pasteles, dulces, bombones y caramelos, el mostrador de mármol con las balanzas doradas, los pomitos de flores, el aroma a pastelería y cacao, dan la impresión de estar uno metido dentro de un pastel de Navidad, y como deben sentirse esas figuritas de porcelana que antes iban escondidas en los viejos bizcochos de fiesta casera. Las manos de la muchacha pálida y rubia que está detrás del mostrador parecen

un caramelo más entre los otros.

— Cuánto vale el castillo de dulce y todo lo demás que hay en el escaparate? — he preguntado.

Ella me mira sin asombrarse. Bajo los ojos azules, hay unos cercos como dibujados con un fino lápiz violeta. Seguramente que sus dedos se derretirían en la boca como un caramelo de limón. En su cuerpo frágil no parece haber el asombro.

— Eso no se vende. Ya han preguntado otros. Pero puedo venderle pasteles sueltos.

— Yo quería lo del escaparate.

Hay una pausa. Ambos miramos hacia el cristal tras cuyas luces nos miran las caritas rojas, verdes, amarillas y azules.

— Eso lo hizo mi tía hace tiempo, con la ayuda del confitero. La idea fué suya. No quería venderlo. Mas quizás le gusten a usted los bizcochos de jalea, que son la especialidad... Me siento en una sillita blanca ante uno de los minúsculos veladores.

— Muchas gracias. De momento — le digo oliendo el delicado aroma a caramelo tostado — le agradecería que me sirviera una copita de moscatel y un pastelito de crema.

El servicio tiene el ceremonial de un rito. De la botella panzuda de cristal tallado, me

escancia con sus manitas de una blancura anémica el vino denso, oleoso, grave, filosófico, como oro derretido. Junto a la copa como un cáliz, en un plato con florecitas azules, pone dos pastelitos de crema y una servilleta blanquísima de lienzo bordado. Rechaza mi invitación con una sonrisa más dulce y suave que la crema.

— Sólo bebo en los cumpleaños o santos — y vuelve a su mostrador y a su novelón por entregas.

— Es su tía quien ha adornado la tienda tan artísticamente? — pregunto sin mirarla.

En el silencio se oye la vibración de las bombillas eléctricas. El aroma dulzón de los pasteles pesa como si fuera palpable en el aire de este pequeño mundo de chocolate y caramelo. Se me ocurre que esta jovencita anémica debe tener en vez de huesos, barritas de crocante y un corazón de chocolate. El moscatel es dulce y juicioso como el consejo de una abuelita.

— Si — responde al fin ella. — Mi tía lo arregló todo. Ella puso la tienda y convenció a mi tío de todos los detalles. De ella han sido todas las ideas. Le gustaba tener una tiendecita de dulces para los niños. — Suspira a su pesar. — Eramos muy felices.

El solaje de vino en el cáliz

de cristal es una lágrima de oro. En los dedos me quedan unos tiznajos de crema de los pasteles. Tengo calor y el olor dulzón me está embriagando un poco.

— Qué ha sucedido? — le pregunto como al azar.

Me mira recelosa. Vuelve a suspirar. Acaricia la urna de cristal que encierra los cerditos de azúcar rosado.

— Mi tía es muy buena — responde. — Una santa. Es ya vieja y gorda, pero tiene un alma de niña. No hacemos dinero con los dulces, por lo baratos que los da a los niños. Disfruta así y dice que eso no se paga con dinero. Llevamos aquí diez años. Yo me iré el año que viene, cuando me case; pero ella y mi tío son felices en la tienda. Los domingos está llena de chiquillos y les reparte gratis los bombones que ella misma hace. Mi tía Antonia dice que sólo ver el escaparate como ella lo adornó es para los chiquillos un cuento de hadas.

— Por qué se ha ido su tía? — le pregunto, sacando del bolsillo un paquetito envuelto en una funda de terciopelo rojo.

Nerviosamente se arregla el pelo pajizo.

— Me parece que Vd. se está metiendo en asuntos de familia...

Con toda calma he sacado la

cajita de música. Una pequeña arqueta de madera tallada, con unas figuritas encima, montadas en un disco de metal que gira con la música al tocarla. He apretado el resorte que pone en marcha el cilindro interior de donde sale la armonía. Y ha parecido como si ese resorte hubiera borrado con un pincel el leve tinte carmín de las mejillas de la muchacha.

En el silencio de la tienda han sonado las notas dulces y nostálgicas... Rumor de pasos por una senda perfumada por violetas silvestres, campanitas de plata en un campanario de cristal, cantos lejanos en el puerto oídos desde la nave que se aleja, batir de alas angélicas sobre una cuna vacía...

— Basta! Basta! — suplica ella. Y sin color en sus labios me grita. — Cómo es posible que Vd. sepa? Esa fué la canción de la noche en que se fué. Nunca pude recordarla.

— Cállese — le digo, cerrando la cajita de música. — La desaparición de su tía ha salido en los periódicos. Mucha gente la ha leído. Yo también. Y quiero averiguar lo que le ha sucedido. Quiero encontrarla. Un azar puso en mis manos esta caja de música. Con ella y con lo que Vd. me cuente deseo hallar a su tía.

El relato ha sido simple y poco brillante. Hace un mes

exactamente que la muchacha, que vive en el piso sobre la tienda con sus tíos, despertó a media noche sudorosa y sobresaltada. Aunque era una noche fresca, tenía abierta la ventana de su cuarto. El cuarto estaba bañado en la luna llena de Abril. Escuchó conteniendo el aliento. Alguien estaba cantando en la carretera. Se asomó de puntillas a la ventana. La calle estaba congelada en la luz pura y fría de la luna. Unas pocas estrellas parecían como chispitas de hielo arrancadas del bloque lunar. En un rincón de penumbra alguien cantaba en voz suave. Le fué imposible entender las palabras de la canción, si es que las había. La melodía era extraña y nueva para ella. Se le metió en la sangre como una ráfaga de hielo. O era de fuego? Un momento después el misterioso trovador cesaba de cantar y ella le vió alejarse de espaldas, una alta figura envuelta en una capa, marchando hasta desaparecer por la carretera. Al poco rato oyó ruido en la casa. Alguien bajaba la escalera y abría la puerta de la calle. Asomada a la ventana vió con asombro a su tía, completamente vestida, echar a andar hacia la carretera. La llamó a gritos. Su tía se volvió a mirarla y la luna alumbró una faz como jamás se la viera ella antes. Transfi-

gurada y feliz, con un sello de júbilo glorioso en cada surco del rostro y en cada arruga una sonrisa.

— Adónde vas? — gritó jadeante la muchacha.

— No has oído la canción? — repuso su tía serenamente.

— Si, he oído algo. Pero no supe qué decían. Ni siquiera sé si había palabras.

— Yo las oí — contestó su tía — y debo irme adónde me llaman las palabras de la canción.

Lo demás del relato de la chica han sido lamentaciones, suspiros, quejas de la soledad en que están ella y su tío, de la inutilidad de las pesquisas de la policía para hallar a la desaparecida.

He tranquilizado a la muchacha. Hace un mes que sucedió la extraña fuga de su tía Antonia en pos de una canción sin palabras. Guiado por la melodía de una vieja cajita de música y las noticias que recopilé de los periódicos, estoy recorriendo el itinerario que un día siguió la canción por las rutas de luna y de misterio. Sólo deseo un poco de ayuda y podré acaso descubrir un día la clave del enigma. Y ante la lluvia de preguntas me he limitado a enseñar a la muchacha mi carnet de periodista, que es siempre un pasaporte mágico para justificar el meterse en cosas ajenas. He

guardado la cajita donde se encierra la música que un día descubrí por azar y cuya letra arrancó a una mujer anciana hacia la desconocido. Dejando pagado un kilo de cerditos de

azúcar para repartir a los niños de la calle, me he marchado por la misma calle donde hace treinta días un trovador loco estuvo ladrando a la luna la canción sin palabras.



NO hay nada más hermoso que caminar de noche por las carreteras. Tengo agudizado hasta la exageración el instinto del vagabundo, amortiguado en otros por la civilización, el conservadurismo o la obesidad. De adolescente, habité una temporada en una casa de campo de mis tíos, una hacienda situada cerca de Rosario. Durante el día gustaba de correr a caballo por los pastos. Mas de noche era mi gran fiesta. Con mis primos y una vieja y rolliza criada de la casa, nos tumbábamos en las grandes pilas de heno perfumado, cogiendo puñados de él, hundiéndonos en su mullido lecho, hasta quedar tumbados boca arriba, cansados, mirando la gran luna, con su fijeza de ojo de cristal y las estrellas con su parpadeo de ojillos de gato. Desde entonces he seguido vagabundeando de noche siempre que he podido. Un camino cualquiera bajo la luna es una promesa de aventura. El lápiz de plata de la luz de mi linterna penetra donde no llega la luna, dibujando una rana petrificada o

un charco donde se quiebra el pincel luminoso. Y luego, al amanecer, el aire libre me embriaga. Hay un instante antes del alba en que todo se hace más oscuro, para después del último brillo de las estrellas difuminarse todo en un color de hueso y cera y luego en carmín y oro, antes de llegar la mañana a teñir los campos de rosa.

Mi caminata esta vez ha sido de varias horas. Primero por carretera, más tarde a campo traviesa. Pastos, huertos, jardines. Puedo ver bien en la noche y el placer de atravesar en la semiluz lunar entre breñas, hortalizas, sembrados o flores, bien vale la pena de exponerse a un regaño o a un balazo de un guardián receloso. No hay placer como el de coleccionar olores y aromas. Los prados huelen a seco, los sembrados húmedo, los huertos ácido, los jardines dulce. Cuando estoy cansado me echo sobre la hierba y así tendido miro las matas y flores contra la luna. El efecto es mágico. La luna resulta tan baja que parece un redondel de pla-

ta puesto a secar en un tendedero y, a contraluz, cada brizna de hierba se agiganta y parece un pararrayos y cada flor es una campana de plata.

Al llegar a despoblado he atravesado la zona desierta que media entre los dos pueblos. Por espacio de dos horas he recorrido, sin más guía que mi brújula y la luna, un pedacito de pampa. Hondonadas, laderas, hierba menuda, arbolitos, lagunas y un vienteccillo suave que parece ir barriendo las estrellas. De madrugada, cuando ya la luna es un farolito de verbena descolorido y el lucero del alba funde sus destellos con el eco de los primeros gallos, he llegado al pueblecito que marca la segunda etapa de mi viaje. Aunque cansado, he aplazado mi reposo en el cuarto de la fonda para dar una vuelta por el pueblo.

La noche cuelga todavía como un manton pesado de los hombros del cielo. El pueblo está cerrado como un arca de aldeana. Tapias, casas encaladas, patios sellados, enredaderas, ventanas atrancadas y macetones de geranios con las hojas chispeadas de diamantes; perros soñolientos, ruido de cascotes en las cuadras, una fragua lejana, los primeros humos desperezando sus volutas en el azul, y en la quinta que finaliza al otro lado de la calle mayor del pueblo, un hombre

sentado en una hamaca, con un gato gris dormido a sus pies.

He mirado al hombre a la cara. Si mi recolección periodística del suceso que motiva mi viaje es exacta, me hallo ante mi hombre. El cielo ya está de un pálido azul; pero en los ojos del madrugador vecino se congelaron dos pedacitos del cielo gris del alba. Le saludo y me contesta soñolientito. El gato es una esponja empapada de sueño. Huele el aire a cuero fresco. Mientras me paro con el pretexto de encender la pipa, le miro de reojo. Nuestros ojos se encuentran y ambos nos sonreimos.

— No hace falta ser tan misterioso — me dice él displicentemente. — Usted es el décimo policía o periodista que ha pasado por aquí esta semana.

— Yo no traigo una misión concreta — le replico —. Sólo quiero charlar un minuto con Vd. y seguir mi camino.

Me señala el poyo de piedra y me siento en él. Un solecito dorado me lame las rodillas cansadas con su lengua tibia. En el jardín invisible, al otro lado de la tapia, comienza la sinfonia pajaril.

— Cómo sucedió? — le pregunto.

Se encoge de hombros. Mi pregunta debe de ser un enojoso moscardón que desde hace

un mes le revolotea en torno a la cabeza.

— Ya lo ha leído Vd. en los periódicos. Mi hermano y yo vivíamos juntos desde que murió mi madre. El, y yo y su esposa. No tenían hijos, ni los deseaban. Ella está ahora viviendo en casa de sus padres. Mi hermano lo dejó todo — el taller, la tienda — por la música. Ha habido muchos disgustos por ese motivo. Descuidó hasta a su esposa por componer su música. Tenía toda su fé en llegar a crear algo nuevo y sorprendente. Su idea no era mala. Una sinfonia del amanecer, con el canto de los gallos como tema de fondo, repitiéndose en « ritornello ». Se pasaba las noches en el jardín, con los ojos entornados escuchando la brisa entre las hojas, el croar de las ranas, los relinchos, el murmullo de la llovizna, y por fin, con el alba, el canto de los gallos y los mil ruidos del amanecer. Así iba a titularlo : « El vals de los gallos. » Un gran vals sinfónico donde se contestaran todos los gallos de todos los amaneceres del mundo. Su ilusión era que esa pieza llegara por la radio y el gramófono a todas partes. Que ese vals fuera un canto de gallos y un vals del viento, las frondas y la luna, despertando a todos los niños, todas las mujeres, todas las madres del mundo que vi-

ven en ciudades y no pueden oír a los gallos.

Calló unos momentos y saludó con la mano a un anciano cartero que pasaba con su fardo al hombro. La hierba azulada brillaba al sol chispeada de lentejuelas de rocío. Al olor dulce de la hierba se mezcló pronto el de carne asada en alguna cocina cercana. El gato fué constelándose de moscas que relucían al sol como chispitas de metal coloreado.

— Yo tengo a mi cargo el taller y he ayudado a mi hermano a sobrevivir en esta crisis — prosiguió. — Además, él deseaba que yo escribiera alguna cosita poética como letra para su vals. La chifladura artística corre en la familia. Pero ésta no era vida para un hombre casado. Noche tras noche escuchando al aire libre los ruidos de su sinfonia y no acostándose hasta después de escuchar a los gallos. Por querer despertar un día a todos los niños y mujeres del mundo con un vals de los gallos, dejó dormir su propia felicidad demasiado tiempo. Ahora ella se ha quedado sola, ni soltera ni casada, y él se ha ido a buscar el canto de los gallos por la tierra.

— Qué piensan hacer Vds?
— pregunté.

— Si las pesquisas policíacas no dan resultado, Catalina, mi

cuñada, pedirá una anulación matrimonial por deserción.

— Y tratará de buscar su propia felicidad.

De un salto se puso en pie y enrojeció, avanzando hacia mí con los puños crispados.

— Otra condenada insinuación! — me gritó — Qué le importa à Vd. ni a todos los malditos detectives o reporteros de la Argentina lo que ella o yo hagamos? Nadie lo ha matado ni secuestrado! Se fué por su voluntad. Mientras estuvo aquí nadie le molestó ni le faltó al respeto. He sufrido en silencio, viendo sufrir a Catalina. Mas si él la ha abandonado, otro podrá hacerla lo feliz que se merece.

— Ha sucedido entonces — le repliqué suavemente — lo mejor que Dios podía haber dispuesto.

— Acaso tenga Vd. razón — respondió sentándose como si sus pensamientos se hubieran apartado de mí.

— Yo no trato — le expliqué — sino de unir los pedazos de un mosaico roto, las piezas dispersas de un rompecabezas. Quiero averiguar lo que ni la policía ni los periódicos saben. La verdadera causa de la desaparición de su hermano.

— Nadie podrá saberla nunca. Yo soy el único que estaba delante y aun no lo comprendo. Catalina se había acostado, disgustada con él. Yo me

quedé con mi hermano en el jardín, dormitando en una hamaca, mientras él con la cabeza echada hacia atrás parecía beber los murmullos de la noche, tomando algún apunte musical a la luz de la luna llena en el pequeño album que siempre usaba. Me desperté sobresaltado y ví vacía la hamaca a mi lado. Miré hacia arriba. En el balcón, tras los cristales, se adivinaba la forma blanca de Catalina. Alguien cantaba afuera, en la carretera. Mi hermano, de pie, inmóvil, junto a la puerta del jardín, blanco de luna, parecía beber la extraña canción. Poco después oí pasos por la carretera y la canción sonó frente al jardín. Una voz de hombre cantaba una melodía sentimental. No entendí la letra. No podría jurar ni siquiera si tenía letra. Todo era extraño y vago como en un sueño. Mi hermano me detuvo con un gesto al ir yo a levantarme de mi hamaca.

— Has oído la canción? — me preguntó con una voz lejana y ausente. Y ante mi gesto inexpresivo, prosiguió: — Naturalmente que no. La música no es nada, pero las palabras de la canción...

Y sin decir nada más, salió del jardín, cerrando tras de sí el portón. A través de la reja le ví marchar, erguido y jubiloso, tras una figura ya le-

jana en la carretera. Entre indignado y temeroso, subí a decir a Catalina que algo le sucedía a mi hermano y que me iba a buscarlo. Hace de esto un mes. Ni yo ni nadie hemos podido encontrarle.

— Sólo habría un medio — le dije en voz baja. — Seguir la pista no de su hermano, sino de la canción que le arrancó de su vida y le lanzó por los caminos del mundo, acaso en pos de los gallos celestiales para su vals.

Y sacando la cajita de la caja roja de su funda de cuero repujado, hice sonar la tonada melodiosa. A los pocos compases, el hombre estaba a mi lado con los ojos desorbitados y pálido como la cera.

— Esa era la canción! — gritó. — Cómo diablos...? Y qué letra tiene? De dónde...?

Le contuve con un gesto y bajé la tapa de la cajita, encerrando en ella la extraña melodía. El gato, asustado por los gritos, corría sobre las maderuelas de la tapia con un halo de moscas brillantes a su alrededor. El silencio se hizo tan denso como el azul del cielo.

— Esta caja de música, de vieja fabricación europea, cayó en mis manos por azar en la tienda de un anticuario, en Buenos Aires — le expliqué. — Cuando emprendí la investigación del misterio de la can-

ción sin palabras, pensé en que lo esencial era hallar la canción. Varias personas que oyeron cantar al caminante han identificado la música como la de su canción. Un musicólogo eminente está tratando de identificar su nombre y origen para mí. Espero su información un día de estos. Le dejé una impresión en un disco de gramófono. No me pregunte más, porque no sé más. Voy siguiendo el rastro de unas palabras que arrancaron a una anciana de su familia y a su hermano de su casa, para lanzarlos por una carretera en pos de un caminante que cantaba trovas a la luna de Abril. Cuando sepa algo se lo comunicaré. Entretanto, voy reconstruyendo los efectos de la canción sobre un puñado de vidas.

— Pero Vd. debe dejar oír esa canción a Catalina — me pidió él con una sombra de color en sus mejillas. — Aguárdeme aquí, que volveré con ella en cinco minutos.

Y de un brinco desapareció por la esquina cercana.

No podía permitirme el lujo de perder más tiempo en explicaciones. Le escribí una notita de despedida y la dejé prendida con una ramita a la hamaca, alejándome por el camino bajo la mirada fosforescente del gato.

Aquel mediodía almorcé en

una huerta con unos labradores — pan, queso, dátiles, fruta fresca y vino tinto — dormí en una era a la sombra perfumada de un álamo y me desperté ya entrada la noche para reanudar mi camino.

Ah, las gentes sin imaginación que necesitan leer cuentos y novelas para llenar los abismos desecados de su alma, sédientos de fantasía ! Dadme una carretera bañada de luna y en ella tengo un libro mágico atestado de aventuras maravillosas. Un libro de hojas de plata y marfil y cubierta de terciopelo celeste, donde se atesoran cuentos y parábolas desde hace milenios. Qué relato podrá compararse al escuchar el eco de unos cascos de caballo sobre una carretera helada de escarcha en una madrugada invernal ? Dónde hallar una poesía similar a la de una ventanita iluminada que parpadea a lo lejos, como el guiño amarillo de una posada amable en un crepúsculo invernal ? Qué puede compararse a un prado lleno de margaritas bajo una luna clara de primavera, reverberando sobre cada corola como en espejitos de plata ? No; yo no quiero cuentos ni fantasías. Dádselas a los hombres sin imaginación. La luna me cuenta siempre más fascinadoras historias, ilustrándolas con sus sombras

de oro y sus luces de plata. Caminando por las carreteras como ahora, mochila al hombro, en unas vacaciones deliciosas, tengo a la luna bañándome en sus chorros de poesía y leyenda. Mas la luna que yo amo no es la luna empolvada con el pelo oxigenado, con lunares y ojeras, que adoraban en Paris, Musset, Murger y los románticos del siglo pasado, borrachos de ajeno y tabaco. Aquello no era luna sino una lámpara de farol, sobre la que gustaban reclinar sus hombros cansados de amor y de alcohol. La luna que yo amo es la gran luna noble y aventurera, despeinada y morena, que alumbró a los piratas de Stevenson y a los mareantes de Conrad, los gitanos de García Lorca y los tramperos de London, los buscadores de oro de Curwood y los caminantes de Zane Grey. La luna andariega y temeraria que capitaneó a los conquistadores a través de las selvas y bruñó de plata el ensueño místico de los Cruzados. La luna que hoy en las ciudades se asoma sobre los rascacielos y llora al verse empalidecida por los siete mil astros de colores de los anuncios luminosos. Esa luna a cuya luz acabo de llegar al tercer pueblecito de mi peregrinación en pos del rastro de la canción sin palabras.



UNA viejecita que vendia en un cajón cintas de colores, peinetas y horquillas me ha informado, que la familia de Roldanito, el niño cuya desaparición ha hecho famoso a este pueblito en los periodicos, va aquella noche a una reunión. Son las diez de la noche. No tengo tiempo de dar más vueltas al pueblo si quiero enterarme de lo que va a suceder en esa reunión. De este remolino de callecitas blancas y empinadas no conservarè más memoria que la de que todo es limpio y ordenado. Hay un pájaro cantando, rezagado sobre un eucaliptus. Unos niños sentados junto a una fuente, chapotean las manitas en el agua fresca, mientras la hermana mayor les recita algún cuento fantástico. En un estanco comprè una hoja de aleluyas, un enorme papelón color calabaza donde se cuenta y se canta la desaparición del niño Roldanito. Del campo cercano llegan los susurros olorosos del viento en la hierba. Las nubes arropan a la luna solita y tiritando en su desnudez de estrellas.

He llegado al Ayuntamiento, un caserón ya difuminado en la sombra, vencida su geometría por la oscuridad amorfa. El patio de la casona, que es a la vez Ayuntamiento y Escuela, està desierto. Me deslizo entre los macizos floridos. Pronto me envuelve el aroma de los geranios. Cada paso mío hace enmudecer a un coro de grillos. Las ventanas del salón de sesiones están de par en par. Paredes desnudas, con alguna pintura descolorida, bombillas crueles acentuando con su luz violenta la lividez de los muros. Bancos, pupitres, sillones. Diez o doce personas sentadas en torno a una mesa. Desde mi oscuridad las veo a pocos pasos de distancia recordadas en el marco de la ventana. A las pocas palabras oídas me felicito de mi buena suerte. Azar de periodista. Los familiares de Roldanito : un caballero enlutado y grave, de cara delgada como un cuchillo, las cejas muy negras y el pelo muy blanco, y una señora, dulce en su obesidad semicentenaria, con unas bolsas bajo los ojos como gajos de mandarina.

Y un grupo de gentes a quienes la fuga del niño ha causado ciertas perturbaciones físicas, econòmicas o morales. Callo y escucho. Las palabras me llegan envueltas en el calor de la noche. Los rostros de los reunidos parecen hechos de papel mascado, a la luz de las bombillas eléctricas. Caras lividas, blandas y húmedas. Y la historia va surgiendo a jirones. Un retazo aquí y allá. Cada hilacha de conversaciòn me da un trazo más de la silueta del niño. Con la imaginaciòn voy rellenando ese perfil de vida.

Roldanito fué un modelo en su hogar, a juicio de su mamá y de los demás contertulios : Nueve años de docilidad y ternura. Algo apartado de sus seis hermanitos, pero un santito de altar. Las preces y el besito antes de acostarse, respetuoso con el abuelo y nunca demasiado impertinente con las visitas, pocas indigestiones de dulces y solamente en los santos o cumpleaños; dejando en paz las trenzas de su hermanita y no metiéndose con los canarios de su hermano, sometándose con humildad a la prueba del sastre, no protestando cuando se le mandaba a un recado, ni pidiendo más chocolate en casa de los amigos. En una palabra, un niño repugnantemente bueno y dócil. Mas esos nueve años de bondad se

vinieron al suelo de un solo golpe y en una sola noche, como castillo de naipes, de un papirotazo del destino.

La relación de los crímenes de Roldanito fué tan sucinta como concluyente. Un caballero inició sus quejas y toda la reuniòn se atropelló por hacerle coro. Tal y como los hechos se fueron ensamblando en mi pensamiento, Roldanito, que se había acostado pacíficamente a las seis de la tarde, se despertó, según testimonio de sus hermanitos, unas horas después, en ocasiòn de hallarse los padres ausentes asistiendo a una fiesta de feria en un pueblo cercano. Ante el asombro de sus hermanos, se vistió completamente y sin contestar a sus muchas preguntas salió de la casa con rostro jubiloso y silbando como un pájaro.

Los acontecimientos posteriores atestiguan que Roldanito se llevó de su casa un tirador de su hermano menor, hecho con una liga vieja de la criada, y amplia provisiòn de chinas, así como el mejor cortapapeles de plata de su padre. Antes de salir de casa, saqueó concienzudamente la despensa, atiborrándose de mermelada, haciendo con la que sobrò artísticos dibujos en la blanca pared de la sala y limpiándose las manos en los finos mantones de Manila guardados en el armario de luna. Su rastro en la calle pudo

seguirse por una cadena de bombillas y faroles que hizo añicos con su tirador de goma y las chinas. La primera parada tuvo lugar en el edificio de la escuela, que de noche quedaba abierto como todas las casas del pueblo. Allí se entregó a la minuciosa tarea de volcar todos los tinteros de la clase sobre los libros del maestro, dejando luego escrito en la pizarra un mensaje ilustrado con monigotes comentando la personalidad de los maestros, que hizo las delicias de los chiquillos a la mañana siguiente. El hombre rubicundo, con el chaleco lleno de mil dobleces y en cada uno de ellos un depósito de ceniza, agregó que la segunda parada fué en su casa, donde cambió los alfileres de sitio en todos los trajes a medio hacer que tenía en su taller, con las consecuencias de rigor al día siguiente al venir a probarse los clientes. La tercera queja provino de una señora de ojos blandos y dentadura abominable, que relató las desastrosas consecuencias de la idea de Roldanito de cambiar de sitio en sus tarros la sal, la pimienta, la harina y el azúcar y los ingredientes de los cacharros de

aseo : polvos de arroz y talco. Los pasteles que al día siguiente salieron de su tienda hicieron época en la historia de las artes pasteleras.

El rastro, con profusión de cristales rotos a golpes de tirador, seguía así serpenteando por todo el pueblo, y abarcando una gama que oscilaba desde el pateamiento metódico de las begonias del alcalde, hasta el pintarles bigotes y barbas a todas las estampas y cuadros del Ayuntamiento. Finalmente, Roldanito, invisible hasta entonces excepto por sus obras, reapareció frente a su casa una hora después, siendo llamado desde el balcón por sus hermanos.

Hacia luna llena y el niño se paró ante la casa, en el huerto desierto y lleno de claridad. Súbitamente una voz comenzó a cantar en la cercanía. Los niños no pudieron entender lo que decía pero les dió miedo ver a Roldanito salir andando con toda calma del huerto. En vano le llamaron. Cuando venciendo el miedo le fueron a buscar en grupo, el niño ya iba lejos por la carretera, tras una figura que en la distancia cantaba una canción bajo la luna.

IV

AL consultar el plano de mi viaje a la mañana siguiente, tras una noche de reposo completo y de sueño sin ensueños, en una fonda, he descubierto que solamente quince kilômetros me separan del otro pueblo. He madrugado bastante y montado en la tartana, una pequeña galera tirada por dos mulitas tordas, que hace el viaje a Villa Tona, mi punto de destino.

Nada hay más agradable que un viaje temprano en tartana. El collar de cascabeles de las mulas rompe con su tintineo los límpidos cristales del aire matinal. De la tierra mojada de rocío sube el aroma de la hierba humedecida. Las orejas empinadas de las mulas parecen presentar armas a las nubes blancas y lentas. A los labios me llega la dulzura del perfume de los plantíos. Cada traqueteo de la tartana sacude mis vísceras y mis pensamientos. En este vehiculo entoldado sobre el que la primera solana rompe sus lanzas de oro, me siento unido en humanidad al puñado de aldeanos mañaneros, cargados de cestos con frutas y

legumbres, camino del mercado.

La conversaci3n con mi vecina, una mujercita menuda, de moño plateado y mejillas de cera, me ha revelado lo que deseaba averiguar. Hace cuatro semanas que Guillermina, la rubia mocita sobrina del profesor Teobaldo, director de la academia de oficios, se marchó súbitamente, abandonando su familia, su prometido y su oficio. Mientras la tartanita corre como un kanguro infatigable por el camino bordeado de verdores, me informo de las tres cosas que Guillermina ha dejado atrás al escapar hacia lo desconocido. Una familia : el viejo Teobaldo, profesor desde la punta lustrosa de las botas hasta la coronilla desnuda, llevando en sus quevedos un reflejo del mundo visto a través de los libros de texto. (El viejo Teobaldo, única familia de Guillermina, con una casa « muy antigua y de muebles muy buenos » — puedo entreverla, con su reloj de pesas, los graves cortinones, fundas en los muebles, penumbra en las salas, visillos de encaje, ecos dormidos y rincones sombríos —

donde Guillermina le cuidaba y atendía desde que se quedó huérfana). Una casa cómoda y confortable, donde se comería ella los domingos y pescado los viernes, mientras el eco de las horas en el gran reloj se congelaría en goterones de eternidad en el silencio de las salas vacías. Una gran casa, con todas las comodidades; pero sin un canario cuyo trino amarillo se fundiera con el perfume de claveles reventones en un búcaro azul.

Un novio : el recaudador de contribuciones del pueblo, según me dice mi vecina. Buen mozo, « con sus patillas y cuello duro ». Un « buen partido », con sueldo decente y « bien mirado », serio y digno, teniendo como únicos vicios una partidita de dominó los domingos y de tresillo los jueves, aficionado a coleccionar sellos y miembro de todos los comités de caridad del pueblo. Un novio, pero *no el novio*; *el novio* dulce y ácido como el pan moreno, vibrante y retozón como una cuerda rubia de violín húngaro, a veces jinete en caballo blanco y otras pícaro con un zurrón al hombro lleno de rosas, versos y cantares.

Y un oficio : Mas el oficio — « guardadora » de los niños de las vecinas atareadas — lo he observado directamente, al bajar de la tartana y despedirme agradecido de mi amable

vecina. Guillermina, la muchacha sin familia, ni hogar, ni novio ideal, eligió como oficio llenar de sueños con su vida monótona el vacío de sueños de los otros. En este pueblo, como en tantos otros de Hispanoamérica, aun subsiste la castiza institución de « la amiga », que ya citaba en un verso Moratín. « La amiga » es la mujer que en su casa tiene una a modo de guardería infantil, donde atiende una docena o más de chiquillos de las vecinas, que por sus quehaceres, enfermedades u otras causas, no pueden cuidar sus niños durante el día. De noche, todas ellas pasarán a recoger sus criaturas. De día, una buena mujer cuida, entretiene y alimenta por un módico estipendio a los niños.

Guillermina destinó una sala del piso alto de su casa — según me cuentan, con oposición familiar — a crear su guardería. La entrada está separada del resto de la casa. Peldaños empinados y un pasillo oscuro. Después la sala de la guardería, antes simple desván. Paredes blanquísimas, encaladas, macetones con flores, un pianito pintado de verde, estampas con escenas de los cuentos de Anderson, osos, patos y conejos de trapo multicolor, cajas de música, balcones de goma amarilla, roja, azul, mesitas y sillitas como de

juguete, casas de muñecas. Bajo la mirada apacible de una anciana, una niña cuenta cuentos a unos diez niños sentados en corro.

— Estàn recordando siempre a Guillermina — suspira la anciana. — Les contaba cuentos tan bonitos que hacía vivir a los chiquillos como en un sueño. Todos estos juguetes y adornos los compró o los hizo ella misma. Disfrutaba tanto de ver felices a los niños! Desde que ella se fué no cesan los niños de contarse el cuento de su desaparición. Antonio — su novio — está inconsolable. Iban a casarse en Junio próximo. El dice que ella debe haberle engañado y escapado con otro. Yo no lo creo, pero de ésto no diga Vd. nada en los periódicos, por favor. Guillermina quería que los niños pasaran el día con ella — entre relatos, juguetes, y música — como viviendo dentro de un cuento. Después

de irse, los niños han seguido viviendo ese cuento. Para ellos, Guillermina es ya un hada de veras.

El sol pinta las vidrieras de colores de un fulgor subido. A una santa de cabello dorado se le enciende el manto en rubies, y las azucenas se hinchan de luz. Bordonea una abeja como un grano de oro volador. Huele el aposento a ropa limpia y a manzanas secas. Las paredes son tan blancas que todo es una fiesta de color : el pelo rojo de una niña y la trompa violeta de un elefante de trapo. La voz de la niña que hace de monitor me acompaña hasta la salida con el canturreo de su relato : « ... Y entonces Guillermina se asomó a la ventana. Hacía mucha luna. Y un príncipe le cantó una canción que tenía palabras sólo para ella. Y Guillermina se fué detrás del príncipe, por el camino, y la luna se quedó sola y contenta... »

V

A mediodía he reanudado mi camino, esta vez ya sin rumbo fijo. Mis vacaciones y mi voluntaria pesquisa de los cuatro desaparecidos están terminando. Un autobús atestado de gente me lleva hacia la feria cercana, a unos treinta kilômetros. Por las caras alegres y la ropa nueva de la gente — lo mejor del arca — me doy cuenta de que es domingo. Son las tres de la tarde y el sol es un cascabel de luz prendido en el traje de raso azul del arlequín celeste. Las moscas zumban gozosas contra los cristales de las ventanillas. La carretera es una raya en medio, partiendo la verde cabellera campestre. Pájaros, vacas, caballos. Acequias esmeralda. También el día tiene sus encantos. Hasta yo, noctámbulo empedernido, lo reconozco.

El pueblo es el límite entre otros veinte pueblos que se le agrupan en semicírculo a diversas distancias, y la pampa. Antes del pueblo están las otras comunidades urbanas. Donde su última casa acaba — al otro lado de una amplia plazuela — principia, abruptamente, la

pampa. Precisamente en ese límite inquietante de lo poblado y el desierto, en la frontera invisible de la ciudad y la pampa, está montada la feria a la que acuden gentes de todos los pueblos cercanos.

Antes de ver el gran círculo ocupado por los tenderetes y barracas de la feria, me avisa la música de bombo y platillo que llena los aires de su existencia. Después al acercarme a la música se agregan los olores : Mani, aceite de freiduría, carne asada, aguardiente, chocolate y caramelos perfumados. Al doblar la última esquina, la feria se abre ante mí como un abanico chino de varillas multicolores.

Banderolas flamean en el azul como colas mordidas por los colmillos de viento, carrromatos con carteles de colores, tambores batientes, más bombo y platillo, plataformas de madera con artistas encima. Payasos enharinados, bailarinas pintadas, un saxofón que al sol se convierte en una reliquia de plata. Gente, gente, gente. Un chiquillo extático ante el moli-

nito de papel rizado y verde que el viento hace girar con sus dedos pàlidos. Parejas jubilosas, con las manos enlazadas. Pañolitos de seda al cuello de los mozos, mantoncillos sobre los hombros femeninos. Un busto de mocita con toda la gracia de la primavera y un manojo de claveles sobre el corazôn. Puestos de comida. Manos y bocas pringosas. Los chiquillos de manitas sucias levantando tolvaneras de polvo. Mùsica de charangas. Caramelo en grandes madejas de hilachas rosadas y blancas. Manzanas vestidas de caramelo. Fenômenos de feria, la casa del miedo, los gimnastas, los bailes prohibidos, caballitos del tío vivo, columpios, tiro al blanco. Y una humanidad alborozada y dominguera, brillando como abejitas al sol en los confines de la pampa silenciosa.

El tenderete es un pequeño teatrillo de tablas pintado de blanco. Una anciana obesa, de faz amable, sentada al sol en la puerta con un gato en la falda, explica la funciôn y recoge las entradas. Conmigo entran unas docenas de chiquillos y algunas personas mayores. Dentro, en la grata y fresca penumbra, velada por las blancas lonas que hacen de paredes, un escenario chiquito y bancos para el público. El griterio de los niños es ensordecedor. Circulan can-

taros goteando agua helada y buñuelos azucarados, abanicos y maní. Al poco rato se alza el telôn, donde han pintado un paisaje a la luz de la luna, y comienza la funciôn.

La funciôn ha comenzado con un concierto de piano por un mozo moreno de ojos ardientes y manos aladas. Mientras toca en un pianito diminuto, pintado de blanco, un niño ha ido proyectando sobre una pantalla de tela vistas de colores. Las imàgenes bellas y las notas delicadas se han fundido durante unos minutos. En la pantalla sôlo se ve una floresta donde palpitan ocres y esmeraldas en el follaje, mas en el piano, para deleite de los niños, cantan los pàjaros, mugen los toros y las vacas y susurra el viento entre las hojas. Luego es el mar el que surge en mil vistas azules, blancas y verdes y el piano el que tiene en sus teclas canto del chapoteo de las olas y el rumor de la resaca. Finalmente, una mocita dorada y fina como un ànfora griega, sale al escenario y mientras las vistas de colores le dan un marco de hadas y gnomos, silfos y pàjaros, y el piano toca quedo y suave como formando una polvareda musical, ella cuenta historias fantàsticas con una embelesadora voz que es un hilo de plata.

Después de la funciôn — una

hora de ensueños fuera del mundo — y cuando salen los niños alborozados, me acerco al escenario.

— Magnifico — le digo a la muchacha, que está ayudándole al mozo a guardar el piano.

— Muchas gracias — me contesta sonriendo hasta con los ojos, azules y líquidos.

— Hacemos lo posible para darle al público una ración de sueños que le dure toda la semana.

— Lo consiguen — replico. — Miren el brillo de los ojos de los niños.

Pausa. El muchacho me mira curiosamente mientras se limpia el sudor con un pañuelo de hierbas rojiblanco.

— Qué ha venido Vd. a preguntarnos? — me interroga al fin, mirándome a la cara con una expresión de serena firmeza.

Me encojo de hombros. Estamos solos ellos dos, el niño y yo, en el gran entoldado penumbroso.

— He venido a hacerles oír una musiquita — replico lentamente, sacando de mi bolsillo la cajita forrada de cuero rojo.

Las primeras notas de la melodía han traído adentro a la anciana que estaba en la puerta, han hecho acurrucarse al niño entre la pareja y han convertido en máscaras de cera los rostros de los cuatro.

Cierro la cajita de música, mas la melodía sigue flotando en el aire; tan fuerte y denso es su recuerdo en todos nosotros.

— Quién es usted? — me pregunta la muchacha con voz temblorosa. — Un policía?

— Nadie puede obligarles a volver a sus casas — les replico.

— Entonces, qué quiere Vd. de nosotros?

— Solamente saber qué hacen y terminar aquí mi averiguación — contesto. — Podemos después de la última función sentarnos a charlar un rato?

Así lo hemos hecho. Son las ocho de la noche. Todavía es de día. La feria cerró la mayoría de sus pabellones. Parpadea el primer lucero en un cielo de un añil lavado. Estamos sentados los cinco en la plataforma del carromato que usan como albergue y vehículo. Hierve un mate con amable bisbiseo. Se

oyen músicas y voces lejanas, ladridos de perros, collares de cascabeles en las mulas. Ante nosotros, sentados en silencio con el cielo como techo, se abre la pampa. Una llanura ilimitada y solemne con suaves ondulaciones cubiertas de verdura, albercas donde parpadea una estrella y siluetas de caballos en la distancia. El aire huele a alfalfa y a cabalgaduras. El cielo se va empurpurando y hay un gemir de tango arrabalero en las cuerdas de una guitarra invisible.

— Todo ha sido como un sueño — explica la anciana.

— Ya lo sé — contesto. — En el escaparate de su tiendecita de caramelos lo veía claramente. Usted creó la tienda para endulzar no sólo la vida de los niños sino la suya propia. Con sus turrónes y mazapanes, hojaldres y chocolates, modelaba Vd. sus sueños no realizados. En el escaparate tenía un castillo, con una pareja principesca y enamorada, un principito y un sillón de crocante vacío, aguardándola a Vd. Los acíbarres de la prosa cotidiana le desaparecían de los labios al ver las caritas de los niños que entraban en el pequeño mundo de maravillas. Mas aquello no era suficiente. Y una noche, al oír un cantar en la carretera, a la luz de la luna, sintió el

impulso irresistible de salir afuera a buscar su felicidad. Luego...

Los ruidos y músicas de la feria iban apagándose como las brasas en el rescoldo de una hoguera. La pampa con el crepúsculo se hacía más amable y menos hosca. En el seno de la noche, las durezas agresivas de rocas y colinas, las angulosidades pampeñas de varón se convertían en dulces curvas de mujer. Se oía cercano el chapoteo de una caballería bebiendo a grandes sorbos agua en un charco. Las estrellas acentuaban la soledad de la pampa azulada. Del suelo ascendían los olores de la hierba mojada por la primera humedad nocturna.

— Mi escapada — explicó entonces el muchacho — es imperdonable para quien no comprenda lo que sufre el pobre corazón del artista fracasado. Durante unos años he vivido en un sueño monótono, atado a una oficina y a una esposa que se casó conmigo por conveniencia. Buscando una ventana de escape, me puse a componer mi sinfonia de los gallos. Como yo vivía dormido, quise despertar con ella a todos los durmientes del mundo. En vano traté de aprisionar en el pentágono los mil cantos de la mañana. Hasta que una no-

che alguien cantó ante mi casa en la carretera y a la luz de la luna una canción. Una canción cuyas palabras me hicieron marcharme para siempre de casa. Pero mi marcha no fué una fuga sino un despertar... En el pueblo cercano hallé a la señora Antonia, aquí presente. No la habia visto en mi vida, pero todo pareció como si ya estuviera escrito en un argumento y nosotros recitándolo. Nos acercamos, hablamos y convinimos en seguir juntos, yo tocando el piano en los pueblos y ella haciendo pastelitos y caramelos. Pero sus manos han hecho algo más por mí. Me han dado el calor de madre que como huérfano no conocí. Y en todo momento, ambos hemos tenido la sensación de estar reviviendo algo ya conocido, ya sucedido, ya vivido hace años. No crea que es ilusión. Y si no, fijese. Cuando decidimos montar una barraca de feria ambulante e irnos por los caminos y oír cantar el gallo en el alba de los pueblos, anunciamos que deseábamos una cantante de cancioncillas. Cuando ella vino a vernos — y los dos jóvenes se apretaron las manos en silencio — yo le dije...

— « Guillermina, pero Vd. no sabe cantar » — le interrumpió ella con tono de cariñosa ironía. — Y yo le contesté : Todo el mundo canta, pero yo haré

algo nuevo para su barraca. Yo contaré cuentos. Y en el acto nos juntamos los tres, mamá Antonia y nosotros, con la sensación de haber estado juntos toda la vida, o hace muchísimo tiempo, o quizás en otras vidas pasadas. Algo que jamás me pasó cuando vivía en la casa triste de mi tío, cerca de un novio a quien detestaba y sin otro rayo de luz que mi guardería infantil donde quería crear un mundo de sueños para los niños del pueblo. Como ahora deseo hacerlo para los niños del mundo sobre las ruedas de esta carreta. Cuando una noche oí la canción de un desconocido ante mi ventana, la reconocí como la llamada hacia la libertad. Y me fui a campo traviesa, bajo la luna, hasta hallar a mis amigos, a mi familia de hoy...

— La primera función que dimos — continuó la anciana — fué un éxito de público. Al terminar se nos acercó un niño que en primera fila habia escuchado ansiosamente todo el programa con ojos muy abiertos. — Acarició la cabeza del muchachito que habia proyectado las vistas. — Nos contó su escapatoria. Todos tuvimos la sensación de haber estado esperándole. Lo incorporamos a esta extraña familia que acabamos de formar. Desde entonces lo hemos visto sosegar-

se, comer y dormir tranquilo, volver la paz a su almita inquieta.

— Qué piensan hacer ahora?
— les pregunté.

— Reunir, dando unas funciones, el dinero suficiente para montar un localito en algún pueblo cerca de la costa — repuso Guillermina. — Un verdadero taller de sueños, donde mamá Antonia cree un paraíso de hadas en caramelo y hojaladre y Roldanito se inicie por el camino del arte y Alberto pueda componer su sinfonia soñada. Tendremos una casa de paredes blancas, donde cada nota de color vibre y cante. Vamos en ese taller de sueños a crear una guardería infantil y un teatrillo, donde la música y el canto y los cuentos se combinen con un museo de figuras de caramelo. Puede Vd. imaginarse eso? Nada de museos de figuras de cera, trágicas, torpes, amarillas y sucias, perpetuando crímenes y robos, ejecuciones y sucesos espeluznantes! En su lugar, un museo de figuras de caramelo y crocante, con palacios luminosos, lagos dorados, puentes de plata, cielos de mazapán y bosques de huevo hilado. Un taller de sueños adonde vengan todos los niños, a reír, a olvidar, a soñar en el mundo de la ilusión y el reino de la fantasía.

Se interrumpió bruscamente para mirarme con ojos duros y limpios como el cristal de roca.

— Y a todo esto, quién es usted y qué quiere aquí?

Todos callaron. De la pampa llegó una oleada de rumores sutiles. Las curvas y ondulaciones del suelo fueron bañándose de una luna colgada como un farolito en el dosel celeste. Por unos agujeros del toldo, se filtraban unas tensas bandas de plata. Sentí el deseo de tocar las cuerdas bruñidas de esa mágica guitarra de luna. Lejos, el tango se diluía en la brisa cargada de heno. Cuando hablé lo hice mirando el horizonte distante de la pampa.

— Por qué — pregunté a mi vez — están Vds. aquí?

— Ya se lo dijimos — repuso Guillermina. — Alguien, un viajero desconocido, pasó de noche cantando una canción, cuyas palabras nos hicieron marcharnos a lo desconocido.

— Yo fui el viajero que cantó la canción — agregué lentamente. La canté hace un mes. — proseguí — ante la tiendecita cerrada de la señora Antonia, en el jardín donde Alberto componía su sinfonia, frente al estudio cerrado que Guillermina usaba como guardería, ante el dormitorio de Roldanito.

Nadie me contestó. El silencio era también una respuesta. La pampa se estremecía en oleadas de plata lunar.

— Hace mucho tiempo que amo el caminar por las carreteras a la luz de la luna — continué —. Desde niño he saboreado la intensa poesía de los campos bañados de luna. Mis días han sido solamente paréntesis de trabajo hasta la gloria de mis noches de libertad para pasear bajo la luna. Acaso ese excesivo desarrollo de lo lunar en mí fué la causa de todo. En la mayoría de la gente que conozco domina lo solar, lo divino, lo consciente. En mí impera lo lunar, lo nocturno, lo subconsciente. Cuando otras gentes viven en el hoy, yo sigo en el ayer. Y si el « hoy » de tantos es el día presente, mi « ayer » tiene siglos. Pues, qué vale el sol que tan sólo brilla unas horas hoy, en comparación con la luna que iluminó la noche de los milenios pasados?... No me pregunte quién soy, no esperen de mí una revelación trascendental. Mi nombre no les diría nada, mi profesión de periodista tampoco. Soy un hombre anónimo entre millones de hombres, marcado por el dedo del destino para realizar una misión de sublime grandeza en su humildad : la de unir a una familia dispersa.

— A una familia? — tartamudeó Alberto.

— Llámelo como quiera. Pero el hecho de que todos Vds. abandonaron hogares y familia de la sangre para formar esta comunidad espiritual, es harto indicativo. Acaso antaño, alguna vez, siglos atrás, fueron ustedes una familia : madre, hijo y esposa, nieto... Quién sabe? Y vean lo extraño del caso. Hace meses soñé con ustedes. No vi sus caras, pero soñé que yo vivía hace siglos en un pueblecito y que un día salía cantando al sol y mi canto les asustaba a ustedes. Al menos, asustó a una familia como la que forman ahora, unos artesanos que ante las palabras de mi canto salieron despavoridos de su hogar, se separaron, no volvieron a unirse jamás. No pude recordar al despertarme ni las frases, ni las palabras de mi canto, mas el remordimiento de mi mala acción me acompañó desde entonces. Lei, pensé, traté de hallar una explicación — indigestión o complejos psicológicos? — a mi pesadilla. Inútil. Siguió torturándome la idea de si yo en alguna vida pasada tuve la maldad de romper con un canto lleno de insidias la dicha de un hogar. Un día, en una tienda de anticuario hallé una vieja caja de música; ésta que ven aquí. Su tonada es una romanza castellana del siglo XIV. No sé como se me ocurrió la fantástica idea de que esa era la canción

de mi pesadilla, cuyas palabras separaron cuatro vidas. Pensé en salir a volver a cantarla y esta vez a la luz de la luna, para observar su efecto. Como alucinado me fui una noche de Buenos Aires. Tomé un tren, no sé dónde, luego un autobús. Después seguí a pie por la carretera, bajo la luna llena de primavera. Cuatro veces me detuve en otros tantos pueblos cercanos, a cantar la canción. No volví jamás la cabeza para ver el efecto del cantar. De madrugada regresé a Buenos Aires, a la redacción del periódico, agotado pero lleno de júbilo. Pocos días después leía en mi periódico las noticias aisladas, inconexas e insignificantes para todo el mundo excepto para mí, de cuatro desapariciones en los lugares donde yo había lanzado mi canción bajo la luna. No pude resistir más tiempo la tentación. Al cabo de un mes, aproveché mis vacaciones para tratar de reconstruir mentalmente mi recorrido de una noche. Con mil rodeos, extravíos y dificultades, volví a hallar los pueblos que buscaba, las casas de mis supuestas víctimas de hace años, a reconstruir lo sucedido, a comprobar que mi canción esta vez había sido un clarín de liberación para cuatro pájaros dispersos que han vuelto a hallar el calor de su nido. Cuatro personas que acaso hace siglos fueron una

familia feliz, separadas en esta generación, en esta vida, por otros intereses, otros lazos, y que han vuelto a reunirse por haber sabido escuchar la canción de un anónimo caminante, que voceó ante sus ventanas la invitación a la felicidad y la aventura. Ahora pienso en cuántos millones de seres viven una existencia prosaica y absurda, encadenados a un hogar odioso, una oficina repugnante, un amor estúpido, una posición imbecil, sólo por haber desoido en la noche la canción de luna de un caminante ante su ventana.

En la noche plateada de la pampa, se encendieron unos puntitos luminosos como las rosetas de fuego de cigarrillos en la distancia. Hogueras. Ladró un perro acentuando la soledad de las lejanías. El jadear de los caballos cercanos parecía el aliento febril de la propia llanura.

— Y cómo la misma canción nos hizo este efecto fulminante a cuatro seres tan diferentes? — preguntó Guillermina.

— Se han contado ustedes, uno al otro, la letra de la canción? — pregunté a mi vez.

Todos se miraron en la oscuridad. Los ojos de Roldanito reflejaban lunas como farolitos niquelados.

— No — contestó el chiquillo; y todos respondieron lo mismo.

— Nadie de la familia o vecindario entendió tampoco la letra de la canción? — interrogó la señora Antonia.

— Naturalmente — contesté yo. — Nadie podía saber la letra de la canción. Ni aun ustedes, Ni yo. **Porque la Canción no tenía palabras.**

— Pero yo oí lo que usted cantaba! — gritó el niño.

— Y a mí fué la letra de la canción lo que me impulsó a fugarme — clamó Guillermina.

— Las palabras de la canción me hicieron ver cuál era mi verdadera vida — exclamó Alberto.

— La canción me habló al corazón — dijo suspirando la señora Antonia.

— Usted lo ha dicho — repuse yo. — Mi única obra fué ir tarareando la música, llevando un compás y una melodía en los labios y el alma llena de fantásticas esperanzas. **Lo que cada uno de ustedes oyó, y nadie más podía oír, fueron las palabras mudas que su propio pensamiento le puso a la canción.** Comprenden ahora? Yo,

la noche, la luna, la canción, dispararon en sus corazones un resorte de libertad, palabras de ilusión dormidas hace siglos, que sonaron tan alto que ustedes creyeron era ajena la voz interna y propia que se las cantaba...

— Ahora, lo veo todo claro — musitó Alberto.

— Quédese con nosotros y complete su buena obra — me pidió Guillermina. — Porque nos dió felicidad, le haremos feliz.

Mas yo no les escucho. Me he puesto de pie de un salto, tenso como una espada toledana. Todos callan. Me baña la frente un sudor frío. Me palpitán gozosas las entrañas. Oigo cada vez más cercana una voz. Ya viene, ya llega! En la pampa azulada que bruñe la luna suena una voz cantando una canción. Mi canción! La que yo sólo puedo comprender. El clarín de oro que me llama a la aventura.

— Escuchan lo que dice la canción? — les pregunto estremecido.

Callan y oyen en silencio. La canción se aleja ya en labios de un invisible caminante por la pampa metálica y sonora.

— Oímos la canción — res-

pondiô Alberto —; pero no podemos oir las palabras.

— Sôlo usted puede entenderlas, entonces — dice Guillermina.

Les estrecho las manos en silencio. Salto del carromato. La tierra es elástica bajo mis pies. A lo lejos veo una silueta que marcha. La canción sin palabras es ya un hilo de plata que me lleva a la aventura. Tras ella me voy por la pampa en

pos de lo imprevisto y de la felicidad. Sé que me aguarda la gloriosa aventura. Y que a su vez el misterioso caminante que me llamô oirâ, como a todo el mundo sucede, alguna vez su canción. Como sé que en una clara noche de luna, quienquiera que seas, la oirâs **tú** al pie de tu ventana, y que si tienes el valor de escucharla llegarâs guiado por ella a cruzar la puerta de oro que abre los caminos de la luz.

J. Mujica / Otaño

Escrita expresamente para

La Novela
ESPAÑOLA



L. E. E.

1, Boulevard d'Arcole — TOULOUSE (Hte-Gne)

TÉLÉPH. 251-37

C. C. P. TOULOUSE 830-90

LA LIBRAIRIE DES EDITIONS ESPAGNOLES se complace en ofrecer a los lectores de LA NOVELA ESPANOLA su servicio de libreria. Las mejores obras de autores espanoles y franceses, los libros más sobresalientes de la literatura extranjera.

Nuestro servicio de venta por correspondencia envia rapidamente a todos los departamentos, colonias francesas, y a los demás países relacionados con Francia, los pedidos que le son confiados.

Para tener informados a sus amigos y favorecedores L. E. E. edita un boletin mensual que da a conocer las novedades de libreria en francés y en espanol, asi como la produccion intelectual de los espanoles en todos los países. Este boletin se envia por suscripcion.

C. I. A. T. E.

Centre d'Information et d'Aide aux Travailleurs Etrangers

CONSTITUÉ ET DECLARÉ CONFORMÉMENT A LA LOI SOUS LE N° 10.899

Siège Social à PARIS (XI^e) 1, Rue Fontaine-au-Roi

ASSISTANCE A LA MAIN-D'ŒUVRE ETRANGÈRE. —

Constitution de tous dossiers de travailleurs étrangers. — Entrée et séjour en France. — Travail, changement de profession. — Consultations et renseignements sur le placement et l'orientation professionnelle à Paris, dans les départements et à l'étranger.

SÉCURITÉ SOCIALE. — SERVICE MÉDICO-SOCIAL.

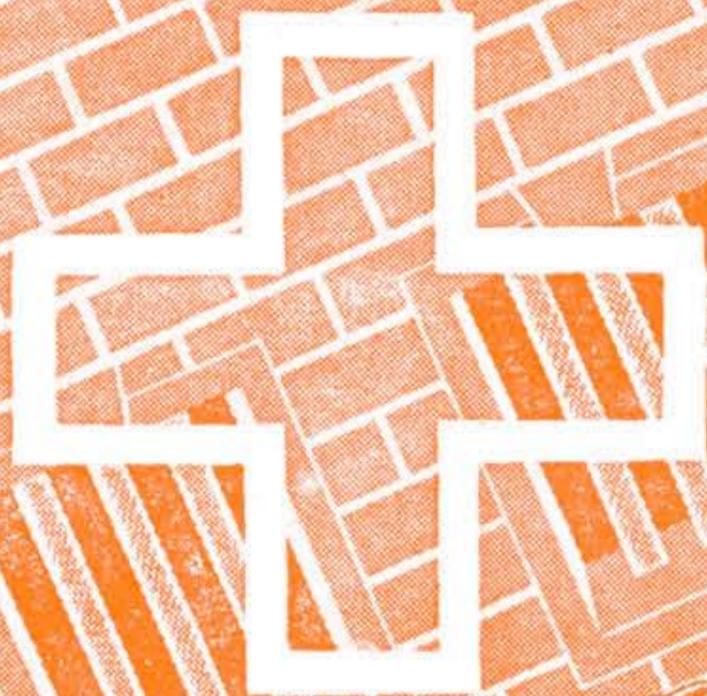
— **ENQUÊTES ADMINISTRATIVES ET JURIDIQUES. —**

SOLIDARITÉ INTERNATIONALE. — RENSEIGNEMENTS ET DOCUMENTATIONS INTERNATIONALES.

Formalités de voyages et visas. — Traduction en toutes langues. — Actes, demandes, requêtes, plaintes, lettres. — Messages familiaux internationaux.

ADHERIOS A LA

CRUZ ROJA



ESPAÑOLA

ARGÜELLO

PRESIDENCIA :
DR. J.-M. MARTI FECED
51, RUE PARGAMINIÈRES
TOULOUSE (HAUTE-GARONNE)

DELEGACION GENERAL :
DR. VILAR FIOLE
36, RUE D'ASSAS
PARIS (VI^e)

MENSUEL

IMPRIMÉ EN FRANCE

RÉP. PRODUCT. N° 1987 (HTE-GNE)